

Puntos de vista

Un mundo nuevo

EL año 1946, que recién comienza, abre una vez más en el rodar de la humanidad, una nueva ruta de esperanzas a la inquietud humana. La guerra que anegó con ríos de sangre los más lejanos ámbitos de la tierra, acaba de terminar en medio del más espantoso cataclismo que hayan presenciado los hombres desde que la cultura y la civilización le permitieron conocerse. Nunca como en esta ocasión se vió más amenazada la civilización en cuanto significa solidaridad y mutuo respeto por todos aquellos principios, en cuya conquista se sacrificaron, mártires, apóstoles, filósofos y hombres de ciencia que soñaban con el bien común, como único patrimonio del hombre sobre la faz de la tierra.

Una locura colectiva, un extravío inexplicable ha llevado a las naciones más civilizadas del orbe a una lucha de predominio de razas que, lejos de solucionar los problemas que la ceguera y la soberbia de unos cuantos creó para infelicidad de sus pueblos, sólo les ha traído el duelo, la miseria, el hambre y todo el pavoroso cortejo de calamidades que puede engendrar el odio que arrasa y destruye todo germen de generosidad de belleza y de amor.

Por espacio de varios años el huracán de la metralla ha destruído todo aquello que al amparo de la paz logró crear el ser humano para su deleite y bienestar. Monumentos, bibliotecas, maravillas arquitectónicas que constituían el orgullo de los pueblos cultos

han desaparecido. Sangre, horror y exterminio ha sido la consigna. La brutalidad ancestral, la fiera de las cavernas ha surgido bajo otros aspectos. Los sabios, afiebradamente, en sus laboratorios, estuvieron buscando el secreto que los pusiera en vías de encontrar las fórmulas decisivas para destruir dentro del más breve plazo al enemigo. En verdad que no quedaba otro camino. Y ese camino se ha abierto por encima de millones de cadáveres. El hombre como si aún pesara sobre él a través de los milenios la maldición bíblica, necesita matar para sentirse feliz. Caín no pudo creer en su dicha mientras viviera Abel. Es la eterna historia que se seguirá repitiendo mientras el globo terrestre siga figurando en la órbita del universo.

Europa ha dado el más triste ejemplo a la humanidad. Y seguramente pagará muy caro su extravío, porque la paz aún está lejos de los espíritus. Solo se ha conseguido por el momento la paz que impone la fuerza. Falta ahora crear una nueva modalidad espiritual. Falta matar al viejo concepto ancestral de que la guerra puede solucionar los problemas de los pueblos. Porque vemos una vez más que sólo los ahonda y los agrava. Que deja semilla de odios irreconciliables y una monstruosa sed de venganza. El axioma bestial de «ojo por ojo y diente por diente» sigue persistiendo en el alma humana. Los regímenes cesáreos que desencadenaron esta horrenda tempestad sobre el mundo acariciaron este monstruoso principio. Afortunadamente han sido aplastados en forma tan contundente que es de esperar para bien de la humanidad que jamás vuelvan a germinar.

Sin embargo este año de 1946, abre de nuevo perspectivas de esperanzas para esta humanidad enferma. Aun rugen los aviones de guerra en los pueblos de Asia. Todavía los ejércitos se embisten con ferocidad allá en la China y en otros territorios donde han surgido nuevos conflictos que impiden que la paz derrame su benéfica influencia. Pero no se puede ser pesimista. No se puede pensar en que el espíritu del hombre de este siglo padezca de una enfer-

medad incurable. Hay que saludar con optimismo la llegada de este año, con el anhelo de que sea el que inicia una era de purificación que permita el advenimiento de un mundo más justo, más generoso, más distante del odio y más próximo al amor. Un mundo nuevo que nazca con otra mentalidad en que las voces del espíritu sean las únicas que rijan su destino.